

La Enseñanza Católica

Se publica los Domingos, con la Censura eclesiástica

Esta redacción manda celebrar una Misa cada mes por los fallecidos en las familias de los suscriptores.

La responsabilidad de una gran parte de los males presentes y de las dolorosas circunstancias en que nos encontramos incumbe á la mala prensa...—Hay que oponer á la mala prensa una buena prensa. LEON XIII

EL PAN DE SAN ANTONIO.

San Antonio cartero

(CONTINUACIÓN)

ANTONIO Dante, comerciante de Oviedo, capital de las Asturias, en España, habíase marchado á la América del Sur. La mayor parte del tiempo residía en Lima (Perú), donde le detenían sus negocios. Su mujer Francisca, habíale escrito varias cartas sin recibir contestación ninguna, lo que la tenía en la mayor inquietud.

Bajo esta impresión, fué un día á la iglesia de San Francisco de Oviedo, en la que se venera una antigua y grande estatua de San Antonio.

En su ingenua confianza, coloca en manos del Santo una nueva carta dirigida á su marido: «Santo mío, le dice, haced, os lo suplico, que esta le llegue, y que tenga la dicha de recibir pronto su contestación».

Aldía siguiente vuelve á hacer la misma suplica; más al fijarse en la imagen del Santo observa que tiene una carta en su mano.

Creyendo sin duda que era la que le había entregado la vispera, pón-

se á gemir y quejarse en alta voz: «¡Oh! ¡San Antonio bendito! ¡Por qué guardaros una carta que escribo á mi marido, en vez de hacer que llegue á su poder como tanto os lo había suplicado? ¡Ah no me habeis escuchado, no me habeis consolado en mi tristeza!»

En esto el Padre sacristán que habia oído sus ayes, acércasele preguntándole el motivo de su pena.

Cuéntaselo la mujer. Más el Padre, que en efecto y no sin sorpresa, habia reparado que la estatua tenía una carta en la mano, animala á que la coja, confesándola que él en vano habia tratado de hacerlo. Obedece la atribulada esposa, y sin el menor trabajo despréndese la carta, al tiempo mismo que de las mangas salen trescientas monedas de oro que vienen á caer á sus pies.

Admirado el sacristán apresúrase á dar parte del hecho milagroso al convento; tras él acuden los religiosos, que rodean el altar, y en su presencia ábrese y léese la prodigiosa carta, que decía así:

«Mi querida esposa: Tiempo hacia que me encontraba en Lima muy preocupado por no recibir noticias tuyas, cuando tu carta ha venido á traerme la tranquilidad y alegría; es

